

La forjadora de mi persona

Norma Cecilia Terminel

Yo no me había dado cuenta, mas ahora que lo pienso, mi madre es la persona que más ha influido en mi vida.

Los largos días que pasamos juntas en mi primera infancia, solas ella y yo, esperando a que regresaran mis hermanas de la escuela o mi padre de trabajar, tejieron un lazo que nos unió más allá de la conciencia.

Su voz se quedó como un ingrediente indispensable para que mis ideas pudieran fluir y así recibir su aceptación. Su fe en mí se convirtió en una adicción de la que dependo hasta estos momentos, la necesito para seguir adelante.

Se levantó cada día para llevarme en el auto hasta la escuela, no importaba si en el invierno el hielo cubría el parabrisas, si impedía al motor arrancar o si (lo peor) su dolor de artritis la estuviera matando. En el verano repetía la misma hazaña aun y cuando, al medio día, el sol abrasador ponía a hervir los asientos y el volante del carro.

Confeccionó decenas de vestidos, pantalones, blusas y shorts para mí y me hacía sentir especial porque eran creaciones únicas y originales.

Muchas tardes y noches, sábados, domingos y días de descanso, me llevó hasta mis ensayos del coro y a las presentaciones y viajes del mismo; preparó vestuarios, compró tocados y zapatos, aplaudió mis actuaciones y jamás la oí quejarse de hacerlo. Y siempre lo vi natural.

Yo no estaba consciente de ello, pero si mi mamá decía que yo podía hacerlo, simplemente yo podía. No necesitaba decírmelo con palabras, con sus actos lo daba por hecho; si por el contrario, ella dudaba en algún momento, el camino se acababa para mí.



Al mismo tiempo me formó libre para tomar decisiones y forjar mis sueños; ella siempre estuvo a mi lado para asegurarme que yo podría lograr lo que quisiera. Ahora entiendo que se sacrificó en muchos sentidos para que yo tuviera lo que anhelaba.

Infundió en mí un espíritu firme y valiente ante las adversidades y un afán por hacer las cosas bien, casi rayando en el perfeccionismo. También me heredó el vivir un caos y un enojo cada vez que preparábamos un viaje o simplemente cuando recibiríamos visitas; todo debía salir perfecto.

Mi madre es hiperactiva porque no descansa ni un momento aunque se sienta enferma; es capaz de atender seis cosas al mismo tiempo y sólo cuando enciende la licuadora siento que no me escucha. Me gustaría ser como ella, como cuando su espíritu de servicio inunda la casa y nos colma de atenciones.

Ella es como un faro en la costa. Es la luz que siempre está encendida en el hogar, esperando a que todos lleguen por la noche y se sientan salvos y bien recibidos; su presencia desde mi niñez ha significado una base segura a donde pertenezco y puedo acudir cada vez que lo deseo.

Mi mamá es alguien que hace que las cosas sucedan, no importa si la lógica, o mi papá, dicen lo contrario. Ella cree en la vida y en lo importante que es vivirla intensamente, pasando por alto las pequeñeces que nos estorban para ser felices.

Mi mamá no se detiene, sigue caminando cada día aunque los demás nos sintamos derrotados.

Mi mamá no se da por vencida, aunque el intensísimo dolor la postre en una cama.

Mi mamá es fuera de serie. Se ha quedado impresa en mi vida y su historia está entrelazada con la mía para siempre.

¡Te quiero mucho, mamá!